

## Capítulo 9

### “El Intérprete”

---

#### Ministerio de Madurez

---

#### Luz y Sombra

A partir de los últimos años de la década de 1860, la vida tanto para Spurgeon como para su esposa se volvió una mezcla de gozo del Señor y del sufrimiento de la enfermedad. La precaria salud de Spurgeon fue causada en gran medida por la tremenda cantidad de trabajo que procuraba hacer y la carga de responsabilidad que constantemente enfrentaba.

Vamos a recordar en este punto, algo que ya comentamos anteriormente, pero que vale la pena repetir, para que nos conduzca a la reflexión de qué estamos haciendo nosotros por la obra del Señor:

**Domingo:** Por la mañana y la noche, New Park Street  
Por la tarde, discurso en la escuela dominical.

**Lunes:** Mañana, Capilla de Howard Hinton.  
Tarde, New Park Street  
Noche, New Park Street

**Martes:** Tarde, Leighton  
Noche, Leighton

**Miércoles:** Mañana, Capilla de Sion, Whitechapel  
Tarde, Capilla de Sion, Whitechapel

**Jueves:** Mañana, Dalston  
Noche, New Park Street, predicación

**Viernes:** Mañana, Capilla del doctor Fletcher  
Noche, Capilla del señor Rogers, Brixton.

**Sábado:** Por la tarde, preparación de los sermones del domingo.

A esto hay que agregar los libros que escribía, los artículos que escribía para la revista: *La Espada y la Cuchara* y todos los demás proyectos. ¿Por qué tanto trabajo? Spurgeon sentía una verdadera carga por los hombres perdidos sin Cristo.

Además, es sabido que leía un promedio de seis libros por semana. Así, acumuló una biblioteca personal de unos 30,000 volúmenes. Cuando el College William Jewell de Liberty, Missouri, adquirió la biblioteca de Spurgeon, a comienzos del siglo veinte, sólo quedaban unos cinco mil o seis mil volúmenes. Aunque no se puede verificar esto, puede suponerse que después de la muerte del pastor Spurgeon, su viuda envió muchos de sus propios libros a pastores pobres a través de la agencia del Fondo del Libro. Además, el propio Spurgeon donó unos 5,000 volúmenes a los estudiantes del Colegio del Pastor.

En una carta escrita a su madre el 20 de Junio de 1881, dijo:

“Me siento bastante bien, pues la semana pasada prediqué cuatro veces, hablé en cuatro reuniones públicas, participé en cuatro reuniones de oración, una santa cena y una larga reunión de comité, y además di una conferencia.”

Esto lo condujo a buscar un ayudante que pronto encontró en su hermano James, que había estudiado en un seminario: Regent's College, y había ejercido un pastorado durante ocho años. Tenían las mismas convicciones doctrinales y prácticas evangelísticas. James era un excelente hombre de empresa y se convirtió virtualmente en el contralor de todas las empresas de Spurgeon. También se rodeó de un excelente cuerpo de diáconos y de ancianos. Los diáconos se encargaban de las cosas materiales: las finanzas y los aspectos físicos del Tabernáculo. Las responsabilidades de los ancianos consistían especialmente de asuntos espirituales, y a cada uno de ellos se le asignaba un determinado número de miembros que debía visitar y sobre quienes debía tener un permanente interés espiritual. Spurgeon ya no podía hacerlo personalmente por el tamaño de la membresía.

Charles tenía también un valioso colaborador y secretario personal, el señor John Lewis Keys. El trabajó con Spurgeon como su asistente literario durante veinticinco años. Este señor fue de valiosísima ayuda para Spurgeon en la producción del *Tesoro de David*, el monumental comentario sobre los salmos. Este señor hacía las investigaciones en el Museo Británico, y en diversas bibliotecas de contenido teológico. Spurgeon constantemente mencionaba la ayuda que le proporcionaba el señor Keys. Todas las publicaciones de Spurgeon desde el año de 1867 hasta el año de 1891 pasaron por las manos. Él leía todas las pruebas de los sermones, de la revista *La Espada y la Cuchara*, de los almanaques y de los múltiples libros que fueron publicados durante ese productivo período. Este señor era un escritor él mismo, y desarrollaba una labor evangelística y pastoral.

Spurgeon contaba también con otro secretario, el señor Joseph Harrald. Él, asimismo, fue un obrero fiel y dedicado que ayudó mucho a Spurgeon. Spurgeon se refería a él continuamente, dándole las gracias por su ayuda invaluable. Harrald colaboró con la esposa de Spurgeon para publicar los cuatro volúmenes de la clásica *Autobiografía* que fue publicada después de su muerte.

Por esta época cayó enferma la esposa. Fue operada por el doctor Sir James Simpson, el descubridor del cloroformo, un devoto cristiano. La operación fue considerada un éxito, pero tal vez debido a la falta de conocimiento médico en aquellos días, su recuperación fue muy lenta y permaneció en un estado de semi-invalidez.

En una carta a su tía, Spurgeon comentaba: “hoy mi esposa está muy, muy enferma. Es muy turbador presenciar sus dolores. Pocos sufren como ella lo hace, y en cuanto a paciencia sobrepasa a todos los que he conocido. Ella vive muy cerca de Dios. Yo me siento entristecido pero a la vez encantado cada vez que la veo.”

En otra ocasión escribió: “mi amada esposa ha estado peor que nunca durante los últimos diez días. Todo está mal dentro de su cuerpo.” Susana una vez se quebró una costilla de tanto toser tan fuerte. Spurgeon comentó: ‘toser puede ser un asunto muy serio’.

La enfermedad de Susana constituía un constante dolor de cabeza para Charles. Como buscaba ser de ayuda y consuelo para ella en sus problemas, a menudo hacía la pregunta: “¿qué puedo traerte, cariño?” Un día ella replicó jocosamente: “me gustaría un anillo de ópalo y un pinzón real canoro.” Spurgeon la miró muy sorprendido, y le dijo: “ah, tú sabes que no puedo conseguírte esas cosas.” (Estamos hablando de un ave con plumaje de color rojo oscuro en la cara, pecho y abdomen, ceniciento en lo alto de la cabeza y del cuello, pardo rojizo en el lomo, verde amarillento en la rabadilla, negro en la frente, pardo a dos franjas transversales, una blanca y una amarilla en las alas, y negro con manchas blancas en la cola. Abunda en España). Spurgeon y su esposa bromearon acerca de esta solicitud varias veces durante los siguientes días. Pero un jueves por la noche, no mucho tiempo después, Charles regresó del Tabernáculo Metropolitano y le mostró a su esposa una diminuta cajita. Ella la abrió con mucha curiosidad, y encontró un hermoso anillo de ópalo, que él colocó en su dedo. Naturalmente, Susana quería saber de dónde había sacado el anillo. Él le contó que una dama anciana, a quien había visitado cuando estaba enferma, había enviado una nota al Tabernáculo preguntando si alguien podía visitarla porque tenía un pequeño presente que deseaba entregarle al pastor. El secretario privado de Spurgeon visitó a la señora y recibió el anillo. En verdad, la benignidad de Dios resplandecía sobre ellos aun en sus dificultades. Pero aún hay más. No mucho tiempo después, Susana viajó a Brighton. Unos pocos días después, Charles fue a visitarla. Cuando entró llevaba con él una caja con una cubierta. Cuando le quitó la cubierta, descubrió que era una jaula que contenía un hermosísimo pinzón real. Uno puede imaginar la sorpresa y gozo cuando vio que su segundo deseo había sido concedido. Después que Susana se había ido a Brighton, Charles fue a ver a un amigo moribundo. Después de orar con el afligido matrimonio, la señora de la casa le dijo: “quiero que le lleve un pajarito a la señora Spurgeon. No se lo quiero dar a nadie sino a ella. Sus cantos resultan ser demasiado para mi pobre marido en su débil estado, y yo sé que le va a interesar y a divertir a la señora Spurgeon en su soledad cuando usted está lejos de ella.”

A pesar de la enfermedad de la esposa, Spurgeon procuraba mantener tan activa su agenda como siempre. Pero eso resultaba imposible, y pronto se vio forzado a guardar cama, muy enfermo. Y aquí comienza su etapa de enfermedad que le permitía trabajar durante varios meses

pero luego volvía a caer enfermo. Al poco tiempo le dio viruela, y luego sufrió de un muy severo ataque de gota. De este ataque particular no comentó nada, pero de uno que le vino en 1871, escribió en una carta a su congregación, un relato descriptivo. Esto nos permite adentrarnos en el tipo de sufrimientos que experimentaba.

‘Queridos amigos: el horno todavía resplandece a mi alrededor. Desde la última vez que les prediqué, he sido abatido profundamente; mi carne ha sido torturada por el dolor y mi espíritu ha sido postrado con depresión. Sin embargo, en todo ello veo y me someto a la mano de mi Padre... Con alguna dificultad escribo estas líneas en mi cama, mezclándolas con gemidos de dolor y cánticos de esperanza.’

En algunas personas la gota causa irritabilidad, pero en el caso de Spurgeon iba acompañada de depresión de una naturaleza muy severa. En esta ocasión permaneció alejado del púlpito durante siete semanas. Cuando regresó reportó algo por lo que había pasado.

La enfermedad que afligió a Spurgeon con mayor severidad fue la de la gota, una condición que a veces produce un dolor insoportable. Lo que puede ser diagnosticado con claridad como gota, le vino a Spurgeon en 1869, cuando contaba con 35 años de edad. Por el resto de su vida estuvo incapacitado por semanas o inclusive durante meses casi cada año, debido a diversas enfermedades. El espacio no nos permite elaborar una crónica ni siquiera abreviada de sus sufrimientos físicos. Alguna apreciación de ellos nos llega de un artículo de *La Espada y la Cuchara* en 1871: “Es una gran misericordia poder cambiarse de lado cuando uno está acostado... ¿Alguna vez estuvieron acostados durante una semana sobre un solo costado? ¿Alguna vez intentaron darse vuelta sólo para descubrir que no podían hacerlo? ¿Alguna vez los tuvieron que levantar otras personas, que por amabilidad les comunicaron la dolorosa conclusión que tenían que levantarlos otra vez y regresarlos de inmediato a la posición anterior, pues aunque hubiera sido muy mala, era preferible a cualquier otra?... Es una entrañable misericordia poder dormir por lo menos una hora en la noche... Cuán grande misericordia he recibido cuando sólo una rodilla me tortura a la vez. ¡Qué bendición poder poner otra vez el pie en el suelo, aunque sólo sea por un minuto!”

Algunos meses más tarde Spurgeon describió en un sermón, una experiencia durante ese período de aflicción: “hace algunos meses, cuando estaba siendo atormentado por el dolor, a tal punto que no podía soportarlo sin gritar, le pedí a todos los que me rodeaban que abandonaran la habitación, y que me dejaran solo; y luego no tenía otras palabras que decirle a Dios excepto éstas: “Tú eres mi Padre, y yo soy tu hijo; y Tú, como un Padre, eres tierno y lleno de misericordia. Yo no podría soportar ver que mi hijo sufriera como Tú me haces sufrir, y si yo lo viera que está siendo atormentado como yo lo estoy siendo ahora, haría lo que pudiera para ayudarlo y lo abrazaría para sostenerlo. ¿Todavía se agravará sobre mí tu mano, y no tendré una sonrisa de Tu rostro?”... Así supliqué, y luego me atreví a decir, cuando estaba en silencio y los que me cuidaban regresaron a la habitación: ‘a partir de este momento no tendré un dolor tan agudo, pues Dios ha escuchado mi oración.’ Bendigo a Dios porque vino la calma y el dolor que me atormentaba no regresó nunca.” Él se refería frecuentemente a este incidente, aunque es imposible saber si la gota no volvió a ser nunca tan extremadamente dolorosa como lo fue durante ese episodio.

Spurgeon se encontraba todavía muy débil y necesitaba un considerable período de reposo. Eso no era posible si permanecía en Inglaterra, por lo que, antes de que llegara el invierno se fue a Italia. La señora Spurgeon no se encontraba bien y no pudo viajar. Visitó muchos lugares y en el viaje de regreso pasó por Mentone, en Francia, lugar que lo cautivó. Escribió al respecto: “está calculado para hacer saltar con salud a un enfermo.” A partir de ese momento regresó casi cada año. Fue allí donde murió en 1892.

Durante su vida realizó veinte viajes a Mentone, en la Riviera Francesa. Cuando llegaba a su hotel favorito, el Hotel Beau Rivage, comentaba: “Ah, ahora me siento en casa.” Una vez, un organista estaba tocando fuera del hotel, y no le había ido muy bien. Spurgeon le pidió que le prestara el órgano por un momento, y se puso a tocarlo. Luego pasó su sombrero y logró recoger una buena cantidad de dinero y se lo dio al organista.

Spurgeon llegaba acompañado siempre de varios amigos, que incluían a su editor el señor Joseph Passmore y su secretario J. W. Harrald. El hotel disfrutaba de una atmósfera hogareña e incluso se tocaba una campana a la hora de la oración en familia. Asistía también mucha

gente de los hoteles vecinos a esta reunión de oración, que naturalmente dirigía Spurgeon. Daba una breve exposición de las Escrituras, y luego venía la oración. Asistía gente de todas las denominaciones. El día domingo por la tarde había un servicio de Santa Cena. Dependiendo de su salud, Spurgeon predicaba. A veces también lo hacía en la Iglesia Protestante Francesa de Mentone.

En una ocasión iba bajando unas escaleras de mármol, se resbaló y se cayó dando dos tumbos. En ese accidente perdió dos dientes delanteros. El describió toda la situación como odontología sin dolor.

En relación a la enfermedad, y para no alargar más el tema, hay una anécdota muy interesante que ocurrió con uno de sus vecinos: había tenido que guardar cama por un buen tiempo con un prolongado y doloroso ataque de gota. Después de que se sintió un poco mejor, salió a dar un paseo en su carruaje, para distraerse un poco y esperando fortalecerse. Uno de sus vecinos se aproximó al carruaje, y señalando a la mano y al pie de Spurgeon, que estaban vendados, dijo con escarnio y menosprecio: ‘el Señor al que ama, disciplina. Yo no quisiera tener un Dios así.’ Spurgeon sintió que le hervía la sangre de indignación. Luego le respondió: “yo me regocijo de tener un Dios como este; y si me castigara mil veces más duramente que esto, todavía lo amaría; sí, aunque Él me matara, en Él esperaré.” Tal era la victoriosa actitud de Spurgeon en conexión con su deteriorada salud.

En vista de la propia prolongada enfermedad de Spurgeon, es difícil creer que muchas personas estaban convencidas que poseía el don de sanidad. Incluso algunos de sus biógrafos incluyeron capítulos titulados “Maravillosa o Sorprendente Sanidad.”

La idea comenzó durante la epidemia del cólera. Como se ha mencionado, Spurgeon visitó muchos hogares donde prevalecía la peste, y allí oraba que el enfermo fuera curado. En diversas ocasiones, en alguien que parecía muy cercano a la muerte, la enfermedad se detenía, y muy pronto la salud regresaba. La gente estaba segura de que esto era el resultado de la oración. Se hablaba de cientos de personas que atribuían la extensión de sus vidas al efecto de las oraciones personales de Spurgeon. Sus biógrafos dan ejemplos específicos de lo que consideraban curación como resultado de las oraciones de Spurgeon. El asunto ya se estaba convirtiendo en una superstición, y él

se vio obligado a derrumbar esas impresiones falsas y extravagantes. Mencionaba el asunto desde el púlpito, y censuraba las teorías de los extremadamente entusiastas. Spurgeon declaraba que el tema de la curación divina era un misterio para él. Él decía que oraba por la enfermedad tal como oraba por cualquier otra cosa, y que, en algunos casos, Dios respondía con una curación, mientras que en otros, por razones más allá de nuestro entendimiento, permitía que el sufrimiento continuara.

Autor: Allan Román.